

Capítulo uno: Siluetas de otro mundo

Universo Heklo. Sistema Argas. Planeta Runa. Ciclo 353 del
segundo vuelo.

Nota de Cix Valak: veinte ciclos después de los acontecimientos narrados en el primer volumen, Los mundos profanos.

El relajante repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el cristal de las ventanas provocó un dulce despertar para la bella Restelia. Abrió sus hermosos ojos grises para, con cierta confusión, contemplar el techo de la estancia en la que se encontraba. La sala no resultaba ser demasiado amplia, pese a la importante altura que poseía. Lo que llamaba la atención de aquel singular dormitorio era su extraña estructura de forma cónica. El suelo estaba formado por baldosas circulares de barro cocido, cada una de ellas ornamentada con grabados icónicos. Denotaba el cuidado con el que se había trabajado en los elementos de aquella exótica habitación.

La espía se encontraba tumbada sobre una cómoda cama circular, ubicada en el centro de la estancia. Cubierta por una aterciopelada manta azul, Restelia se frotaba los ojos con torpeza, intentando dilucidar si aquel lugar era real o si aún se encontraba sumida en un sueño. Las paredes pintadas en un azul celeste, de tonalidades que variaban de forma sutil, generaban un efecto visual similar al de un cielo rasgado por delicados jirones de nubes. Debido a la singular arquitectura cónica, las siete ventanas de la sala estaban dispuestas con una inclinación que facilitaba ver el exterior estando tumbado en la céntrica cama. Se apreciaba un ligero oscurecimiento de los cristales, tintados, para filtrar la luz proveniente del exterior. Cada una de las siete ventanas mostraba a su vez extraños símbolos que

Restelia no era capaz de reconocer. Ubicadas a la misma altura, recorrían de forma simétrica la sala. Sobre ellas se deslizaban en armonía las gotas de la fina lluvia que adormecían el ambiente.

La cúspide de la habitación se coronaba con una pequeña estructura transparente a través de la cual era posible observar el cielo, en aquel momento, cubierto de nubes. Restelia se incorporó con cierta dificultad debido a su aletargado estado, hasta quedar sentada sobre el colchón cuyo tacto le recordó las suaves plumas de su cama. No había más mobiliario en la sala, pero sí un elemento que captó la atención de la espía: la puerta de entrada, triangular y de unos tres metros de altura. Repleta de filigranas grabadas sobre su madera violácea, carecía de pomo y cerradura. Abandonando su estado de sopor, Restelia se puso en pie reutilizando las sábanas a modo de improvisado vestido mientras avanzaba en sigilo hacia la puerta. No llegaba a comprender qué hacía en aquel extraño lugar, pero con cada paso que daba, iba convencándose de que, lejos de permanecer sumida en un sueño, aquello parecía ser muy real. La espía se asombró al sentir cómo las baldosas emitían un ligero calor que hacía agradable la pisada con los pies descalzos, pero aún quedaría más impresionada al comprobar que poseían cierta gomosidad. El barro parecía no estar endurecido del todo, pese a no humedecer ni manchar la planta del pie. Al avanzar, la baldosa que dejaba atrás recuperaba poco a poco su forma original eliminando cualquier rastro de huella sobre su superficie.

De pronto, una voz al otro lado de la puerta provocó un sobresalto en la valiente espía, quien, de forma instintiva, se parapetó tras uno de los lados de la entrada. El tono resultaba tan relajante como el propio dormitorio; parecía tratarse de una mujer:

—Saludos, invitada harv. ¿Has despertado ya? Me ha parecido escucharte.

Restelia decidió quedarse inmóvil en silencio, era evidente que alguien le había llevado hasta aquella extraña sala despojándola de su ropa, armas, y lo más alarmante, la compañía de su amado Brunliv. Los últimos recuerdos de la espía comenzaban a aflorar en su memoria; aún se visualizaba abrazada al hombre, al que quería, contemplando aterrados cómo el horizonte se difuminaba ante sus ojos hasta desaparecer. En aquel momento, Restelia fue consciente de que tal vez se no se encontrara en Arnemuq, provocando que el miedo hiciera acto de presencia en su interior.

La cálida voz femenina sacó a la espía de sus pensamientos:

—No temas, no voy a hacerte daño. Te encuentras en un lugar seguro y en buenas manos. Sin embargo, y aunque pueda resultarte paradójico, de momento es mejor que permanezcas encerrada. Confía en mí, harv, es por tu bien.

Una segunda voz brotó susurrando algo a la anónima interlocutora, parecía tratarse de un varón de hipnótica tonalidad:

—Tal vez se encuentre hambrienta, ofrezcámosle viandas y bebida.

Siguiendo el consejo, la voz de la mujer se dirigió a Restelia elevando el tono de forma moderada para mantener la calidez de sus palabras:

—Llevas bastante tiempo durmiendo, te hemos cuidado y alimentado, pero no comes nada sólido desde hace ya demasiado. Quizás te apetezca probar un bocado de sabrosa fruta. ¿Te parece bien?

Incapaz de confiar en aquellos extraños, Restelia permanecía callada sintiendo cómo su respiración se agitaba y el corazón comenzaba a latir con mayor intensidad. La espía buscaba con la mirada algún objeto que pudiera utilizar como arma en caso de tener que enfrentarse a quienes parecían sus captores. Sin embargo, no había nada más que pudiera emplear más allá de sus propias manos y pies que, no obstante, eran grandes recursos, dada su excepcional habilidad en el combate sin armas.

Ante la ausencia de respuesta, la voz femenina retomó la conversación desde el otro lado de la puerta:

—Voy a abrir y a ofrecerte unas piezas de fruta. Debo avisarte de que, tal vez, lo que veas te resulte sorprendente. Estamos teniendo mucha cautela contigo y con quienes vienen desde tu mundo para que no sufráis un fuerte impacto ante... nuestro universo.

Restelia abrió los ojos, perpleja ante aquellas palabras. ¿A qué se estaba refiriendo aquella mujer? Sin demasiado tiempo para que pudiera divagar más, la puerta corredera comenzó a abrirse unos centímetros, deslizándose hacia el interior del muro. La espía contempló sobrecogida cómo desde el exterior de la sala alguien deslizaba un amplio plato de metal sobre el suelo. Estaba repleto de frutas que jamás había visto, de formas cúbicas y diversos colores cuyas franjas irregulares les dotaban de gran vistosidad. Sin embargo, no fueron aquellos exóticos alimentos lo que dejó en shock a Restelia, sino la mano que empujaba el plato. De piel translúcida, con largos dedos que contaban con una falange más que los suyos, además de un dedo adicional, un segundo pulgar.

La espía, que se consideraba una persona valiente por haberse enfrentado a peligrosos criminales en Arnemuq, no pudo evitar

sentirse aterrorizada ante lo que estaba contemplando. Producto de la pérdida de control, un grito ahogado brotó de su acongojada garganta. La dueña de la extraña mano, dejando el plato en el interior de la sala, abandonó la estancia cerrando la puerta. Consciente del pánico que podía haber generado a la harv con la visión de aquella extremidad, intentó calmarla:

—Queremos explicarte dónde te encuentras y quiénes somos, pero antes debes comer algo, por favor. Aliméntate para renovar fuerzas y afrontar lo que te espera tras esta puerta. Por tí, y por la vida que llevas dentro.

Un nuevo sobresalto atenazó a la espía; aquellos individuos sabían de su embarazo. Por asociación de ideas, llegó a su mente su amado y, empujada por los sentimientos que le ligaban a él, gritó nerviosa:

—¡Donde está Brunliv! ¡Qué le habéis hecho, malditos! ¡Dejadme ir con él y liberadnos!

En respuesta a aquella descontrolada reacción, la voz masculina mascullo dirigiéndose a su compañera:

—Creo que debería ir a buscar a un pruver para evitar males mayores, la harv está sufriendo más de lo que esperábamos.

La extraña fémina replicó:

—Tranquilo, Draelius, su presencia causaría una impresión opuesta a nuestras intenciones. Demos tiempo a la mujer para que asuma la gran cantidad de cambios que debe afrontar.

Y elevando la voz, se dirigió de nuevo a la espía:

—Disculpa nuestro desconocimiento, pero no sabemos qué o quién es Brunliv. Sin embargo, debes saber que quienes habéis llegado desde Arnemuq estáis siendo tratados con sumo cuidado. El bibliotecario Maeld se ha encargado en persona de garantizar las mejores condiciones para vuestra estancia.

Por un instante, Restelia deseó que aquello no fuera más que una pesadilla; se llevó las manos a la cabeza y apretó con fuerza su cráneo intentando así provocar el ansiado despertar. Cerró los ojos e imaginó cómo al abrirlos se encontraría tumbada en la confortable cama de su cabaña. El hogar donde se había mudado para vivir con Brunliv dispuestos a iniciar una vida lejos de los peligros que entrañaba su profesión. Sin embargo, nada de eso sucedió. Al alzar los párpados, esperanzada, comprobó que seguía inmersa en aquella inquietante realidad. El pánico comenzó a apoderarse de la espía y, fruto de la ansiedad, se abalanzó sobre la puerta intentando forzarla de un tirón. Aquella sala no era una celda, y al no existir cerrojo ni pomo, Restelia arrastró con fuerza la puerta corredera abriéndola sin resistencia alguna que lo impidiera. El impulso provocó que se precipitara cayéndose al suelo de la habitación. En un acto reflejo, la habilidosa espía se puso en pie al instante dispuesta a abandonar el dormitorio.

Cuando se encontró de bruces con los dos livifels, quedó paralizada ante la pareja; los espirituales seres, lejos de mostrar una actitud hostil, dieron un paso atrás alzando sus largas manos en señal de paz.

Restelia no supo cómo reaccionar ante la visión de aquellos extraños seres de cabeza circular y ojos romboidales. Su instinto

natural le llevó a lanzar un grito de terror mientras corría de regreso al interior de la sala, buscando refugio y alejándose del pasillo donde se encontraban los livifels. La espía, presa del horror, se escondió bajo la cama rompiendo a llorar con la sensación de que aquellos famélicos seres, de extensos cuellos y ataviados con túnicas, no tendrían las buenas intenciones que afirmaban.

Su miedo se acrecentó cuando, desde el burdo escondite, contempló cómo la puerta era abierta por completo y accedía al interior de la sala uno de aquellos seres. Caminaba con pasos cortos, arrastrando su prenda de color arena y dejando entrever unos pequeños pies cubiertos de un elaborado calzado membranoso. La livifel se agachó para coger una de las piezas de fruta y se acercó con delicadeza a la cama mientras decía:

—Sé que estás asustada, es lógico. Nunca habías visto a un miembro de mi raza, ¿verdad? Cálmate, no debes temernos; somos livifels. Aparte de ser una especie pacífica, el resto de las razas nos consideran guías espirituales, pastores de almas. Solo pretendemos ayudar al prójimo y preparar su espíritu ante la llegada del tercer vuelo.

La sacerdotisa llegó hasta el borde de la cama y se sentó con tranquilidad sobre el borde. Restelia apretaba los dientes, temblando, ajena a las palabras de aquella livifel. Incapaz de saber cuál sería la mejor opción, optó por permanecer en su absurdo escondite, como una niña pequeña que se siente protegida de cualquier mal bajo la cama.

La sacerdotisa depositó una fruta de franjas azules y amarillas en el suelo mientras continuaba con su infructuoso intento de conversación con la asustada harv:

—Me llamo Alnasha. Por favor, acepta este alimento como muestra de buena voluntad. Has permanecido en un largo letargo tras el hechizo que te conjuraron para provocar tu salida de Arnemuq. Esta fruta se llama girania, es mi favorita, te va a encantar su sabor. Verás cómo al morderla se entremezcla el dulce con un toque ácido que...

De pronto, un golpe seco que provenía del pasillo interrumpió las palabras de Alnasha. La puerta triangular había quedado abierta permitiendo que, tanto la sacerdotisa como Restelia, descubrieran el cuerpo yacente de Draelius, recién derribado. Sin tiempo para que pudieran reaccionar, una silueta rodó veloz desde el pasillo, y con gran habilidad recogió el plato de metal mientras giraba sobre su propio cuerpo. Al finalizar el rodamiento, saltó con agilidad felina sobre la sacerdotisa livifel y le asestó un fuerte golpe con el plato en la cabeza que la dejó inconsciente de forma inmediata. Alnasha no tuvo tiempo siquiera de emitir una sola palabra ni de ver quién era su agresor. La sacerdotisa yacía sobre la cama con un pequeño hilo de un líquido plateado que brotaba de su diminuta fosa nasal.

Restelia se agazapó encogiéndose, con la esperanza de que el recién aparecido no supiera de su existencia; no tuvo que aguardar demasiado. El harv que había dejado inconscientes a ambos livifels, al ver la extraña fruta, se agachó para cogerla y observarla durante un instante. El silencio que había inundado la sala fue suficiente como para que pudiera escuchar la respiración de la aterrorizada espía que se ocultaba bajo la circular cama. Con cautela, el harv se asomó inclinándose hasta quedar casi tumbado.

Tras unos segundos en los que cruzaron sus miradas, Restelia terminó reconociendo a quien había acudido en su ayuda en respuesta al grito de terror que había emitido. La espía sintió que

un héroe de su infancia había acudido a salvarla y, emocionada, abandonó su escondite para fundirse en un abrazo y romper a llorar presa de los nervios.

Kamanu dejó que durante unos instantes la aterrorizada espía se desahogara mientras se apretaban con fuerza. La kunoichi contemplaba con su innato instinto de supervivencia las características de la peculiar sala en busca de una vía de escape. Lejos de dar prioridad al estado emocional de Restelia, la primera pregunta de Kamanu denotaba su preocupación por la salud de ambas:

—Dime que no haber comido fruta, evita tomar alimento de captores hasta ser inevitable.

La emocionada espía deshizo el abrazo y, mientras se enjugaba las lágrimas, masculló una tímida negativa que alivió a la kunoichi. Restelia no se contuvo cuando una de sus prioridades regresó a su mente:

—¿Dónde está Brunliv? ¿Lo has visto? ¿Se encuentra bien?

Kamanu negó con la cabeza, y ante la expresión de horror de la espía, aclaró a qué se refería:

— Tú hacer tres preguntas, mi respuesta para dos primeras. Yo despertar en sala similar esta, sola. No saber qué o quién ser estas criaturas, pero huir y luego pensar.

La kunoichi también se había valido de unas sábanas celestes para vestirse, aunque en su caso dispuso la tela cruzándola entre sus piernas y el tronco permitiéndole mayor movilidad. Respiró hondo preparada para afrontar la visión de algo nuevo y desconocido; el cuerpo desnudo de un livifel. A medida que levantaba la túnica de

la livifel, quedaba a la vista la anatomía translúcida de Alnasha. Aquella visión generó en Kamanu una inquietud inusual en alguien como ella. Para la kunoichi también había supuesto un fuerte impacto encontrarse con esta extraña raza, pero, a diferencia de Restelia, el duro entrenamiento mental ninja le había permitido modular sus emociones dando prioridad a la supervivencia. No obstante, Kamanu no pudo evitar que aflorara su parte más emocional sintiendo cómo fluía el miedo. El desasosiego de no entender dónde se encontraban ni cómo habían ido a parar a un lugar tan extraño también afectaba a la kunoichi.

Mientras la mujer ninja rasgaba la larga túnica de la sacerdotisa y creaba una larga cuerda de tela atando unos jirones con otros, Restelia se mostraba incapaz de contener su estado de nervios:

—¡No nos iremos sin Brunliv! ¡No voy a abandonarle en manos de estos... seres!

La espía tiró con fuerza del brazo a Kamanu con la intención de obligarla a abandonar su tarea y partir en busca de su amado. La kunoichi se giró con brusquedad librándose del agarre. Miró a los ojos a Restelia y espetó:

—¡No saber si él está dentro de edificio! Nos vamos fuera y pensamos luego. Si tú quieres volver, perfecto. Yo no decido hasta no tener claras cosas y para eso necesito lugar seguro.

Sin dejar de realizar sus nudos, Kamanu añadió al irreparable vestido livifel las sábanas que habían quedado sobre la cama de Restelia, convirtiéndola en una improvisada liana de tela cada vez más extensa.

Lejos de rendirse, la espía intentó calmarse para persuadir a la kunoichi:

—Perdona si he sido un poco brusca, no te imaginas cómo agradezco tu ayuda, pero si queremos escapar, ¡él es la persona que necesitamos! No he conocido a nadie con mayor habilidad...

Kamanu interrumpió a la espía elevando el tono sin dejar de atar las telas con un evidente enfado:

—¡Escuchar porque no repetir más! ¡Yo marchar y si tú querer venir después, tal vez yo ayudar! ¡Ser inteligente y...!

De forma súbita, un nuevo ruido que provenía del pasillo provocó el silencio de la kunoichi. Llevándose el dedo índice a la boca, le pidió mutismo a Restelia; luego, señaló hacia la puerta que se había quedado abierta. La espía comprendió y corrió en sigilo hacia la entrada de la sala; allí yacía en el suelo Draelius, el otro livifel. Restelia se llevó un tremendo susto al ver una sombra al fondo del largo pasillo. Doblando la esquina, parecía aproximarse alguien cuyos pasos retumbaban como si pesara más de una tonelada. La sombra, proyectada por alguna de las antorchas dispuestas en las paredes, era abrumadora. Parecía tratarse de una criatura de tamaño colosal superando con creces los casi dos metros de los livifels, pero a diferencia de estos, con una anchura de hombros descomunal.

Justo cuando Restelia comenzaba a cerrar la puerta con suma cautela, la kunoichi corrió en silencio hacia ella para susurrar:

—No podemos dejar cuerpo fuera, yo arrastrar y tú cerrar en cuanto meter dentro.

Sin tiempo para prepararse, Kamanu abrió la puerta casi en cuclillas, agarró la túnica del livifel con ambas manos. Cuando comenzó a tirar con delicadeza del cuerpo, con el fin de provocar

el menos ruido posible, un enorme pruhér dobló la esquina al fondo del pasillo. Los rasgados ojos de la kunoichi, que jamás habían contemplado a uno de estos colosos de hueso, se abrieron de par en par. A diferencia de otros seres que ya había conocido de forma reciente, como el traker visto en Arnemuq o la pareja livifel, esta criatura le imponía una sensación de temor como no había experimentado hacía mucho tiempo.

El impacto le empujó a olvidarse del cuerpo del livifel. Si no actuaba deprisa, corría el riesgo de ser descubierta por el pruhér, y en aquel instante era lo último que deseaba. Se precipitó al interior de la habitación cerrando la puerta junto con Restelia quien, ajena a la visión del custodio, miraba a la kunoichi con una mezcla de sorpresa y miedo ante el cambio de planes. Kamanu solo acertó a decir:

—Venir gigante de huesos. Escapar ¡ya!

Ante la boquiabierta espía que no terminaba de asimilar las palabras de Kamanu, la kunoichi se abalanzó sobre la cama volteándola con violencia para dejar a la vista su parte inferior. Necesitaba encontrar alguna pieza de la estructura con suficiente rigidez para llevar a efecto su plan. Por fortuna para la mujer ninja, la cama circular estaba compuesta de un gran aro de madera reforzado con piezas de metal curvo. Kamanu arrancó dos de ellas y con varios jirones comenzó a entrelazarlos en forma de aspa, intentando crear un garfio de cuatro púas.

Justo cuando Kamanu terminaba de asegurar los nudos de su ingeniosa herramienta, Restelia, que se había quedado junto a la puerta con la oreja pegada escuchando, chascó sus dedos para llamar la atención de la kunoichi. Esta miró a la espía y, al ver sus

aspavientos, comprendió que el pruher no tardaría en llegar. De hecho, cuando comenzaron a escucharse los pesados pasos a la carrera del coloso de hueso, estaba claro que aquel ser se había percatado de la presencia del livifel.

Consciente de la urgencia, Kamanu lanzó el plato de fruta con todas sus fuerzas hacia una de las ventanas. Pese al miedo que inundaba su cuerpo, su increíble puntería no le falló. El cristal tintado multicolor saltó en pedazos provocando un estruendo que hizo detenerse al coloso de hueso. Restelia corrió hacia la cama y comenzó a empujarla con la intención de bloquear la puerta con ella.

Sin embargo, el pruher ya había llegado hasta el cuerpo del livifel, quien, aún inconsciente, no se estaba percatando de la situación. El enorme custodio óseo alzó la voz con un potente tono de sonoridad grave y hueca:

—¿Sacerdotisa? ¿Estáis ahí? El maestro Draelius duerme en el pasillo.

Las dos mujeres quedaron inmóviles cruzando sus miradas. Parecían querer decirse con la mirada que tal vez aquel gigantesco ser de hueso no fuera demasiado inteligente. Kamanu, que ya empuñaba su gancho con la intención de lanzarlo a la cruceta de la ventana rota, aguardó e hizo gestos a Restelia para que entablara conversación con aquel ser. La espía carraspeó con cautela y, recordando las enseñanzas de su mentor Yailo, el maestro del disfraz, intentó emular la voz de la sacerdotisa:

—Sí... Estoy intentando hablar con esta harv que aún descansa sin recobrar la conciencia. Llévate a mi compañero, por favor; estaba muy cansado.

Al otro lado de la puerta, el pruhher titubeó, y pese a no tener una gran capacidad cognitiva, sí que tenía la suficiente para recordar algo que le generaba cierta inquietud:

—Escuché un cristal romperse. ¿Hay problemas? Si lo deseáis puedo entrar.

La espía se apresuró a disuadir al coloso de hueso sobre la que podría ser la peor situación posible:

—¡No entres! Temo que esta mujer recobre el sentido y al verte se altere demasiado. El cristal..., creo que un pájaro ha chocado con la ventana y ha provocado este incidente sin importancia.

Acto seguido, Restelia hizo valer una de sus más destacadas habilidades: dando la espalda a la puerta y colocando sus manos alrededor de la boca en forma de tubo, imitó el graznido de un cuervo. Kamanu asintió dando por válida la estrategia que estaba siguiendo la espía de larga coleta morena. Mientras tanto, la kunoichi comenzaba a oscilar el gancho calculando el lanzamiento sobre la ventana.

Por desgracia para Restelia, el pruhher pareció no comprender muy bien a qué se refería la suplantadora de Alnasha:

—¿Pájaro? ¿Quién es pájaro? ¿Qué ruido es ese que se ha oído en la habitación? Si hay peligro entraré a protegeros, señora.

Sorprendida por el hecho de que quizás ese ser de hueso no supiera lo que era un cuervo, ni cualquier otro tipo de ave, se apresuró a responder:

—¡No!... ¡Basta de explicaciones! ¡Por favor, llévate a Draelius! Me preocupa que no se encuentre bien. Cógele con cuidado y deja que uno de los nuestros lo examine.

La estrategia funcionó mejor de lo que pensaba Restelia, y el pruhér, al escuchar el tono imperativo, obedeció de forma sumisa. Cargó con delicadeza al livifel en sus brazos y abandonó el pasillo con sus pesadas zancadas en un instante.

Kamanu entendió que los siguientes instantes eran críticos para escapar. En cuanto otro livifel examinara el cuerpo del tal Draelius, se percataría del golpe en la base del cráneo con el que lo había dejado inconsciente. La kunoichi se concentró lanzando el gancho; se trataba de una tarea de alta dificultad, dado lo rudimentario de la herramienta y la altura del dormitorio.

Fueron necesarios hasta seis intentos, y a diferencia de otros harvs que, con cada lanzamiento errado, irían perdiendo la paciencia o la confianza en sus posibilidades, Kamanu analizaba el porqué de cada fallo y mejorando en las tentativas posteriores.

Cuando el gancho quedó atrapado con firmeza en el marco de la ventana, la mujer ninja hizo un gesto a Restelia para que ascendiera en primer lugar. Kamanu quería comprobar las cualidades de su acompañante y así saber a qué atenerse durante la fuga. La kunoichi quedó gratamente sorprendida al ver cómo la espía trepó por la liana de tela con una habilidad incluso superior a la suya. Para Restelia, moverse por las alturas siempre había sido sencillo debido al tiempo que había practicado disfrutando de las vistas sobre las copas de los árboles y observando de cerca a los pájaros que tanto le entusiasmaban.

Instantes después, Kamanu ascendía para reunirse con su compañera de huida en el tejado de aquella singular estructura cónica. La lluvia había cesado, pero la superficie del techo se encontraba mojada y resbaladiza. Las tejas de barro triangulares que recubrían aquella parte del edificio representaban un peligro a

la hora de desplazarse sobre ellas. Sin embargo, ambas mujeres parecieron no querer siquiera moverse, atónitas, ante el espectáculo que tenía lugar ante sus ojos.

De forma inconsciente se agarraron de las manos cuando alzaron la vista y el viento abrió las nubes, como si se tratara del telón de una abrumadora obra de teatro que iba a dar comienzo. La noche cubría con su manto de estrellas el oscuro cielo, y alzándose en el firmamento como divinidades celestes, cinco grandes esferas rodeaban su posición, allá en el espacio exterior. Se trataba de otros planetas, ubicados a una distancia no demasiado lejana permitiendo así divisar su vasto tamaño.

Kamanu y Restelia, sin soltarse de la mano, giraron sobre sí mismas para contemplar sobrecogidas los cinco mundos que en aquel momento se encontraban formando un círculo casi perfecto. La kunoichi no pudo evitar decir en voz alta algo que era evidente:

—Este lugar no ser Arnemuq. Qué estar pasando aquí. Quién y cómo traer... Para qué...

La espía sentía cómo de nuevo una sensación de acongoje recorría su cuerpo, y solo la más intensa de sus emociones pudo sacarla del trance:

—Tengo que salvar a mi bebé y a su padre ¿Dónde estás Brunliv?... Ruego a la Madre Naturaleza para que sigas con vida, amor mío. Por favor, creadora de la vida, envíame una señal para que sepa cómo ayudarle.

Restelia y su plegaria obtuvieron respuesta, más producto del azar que de la mitológica divinidad arnemuquense.

Una lejana sombra se deslizaba surcando el cielo nocturno. Aquella silueta poseía brazos y unas toscas piernas, aunque lo que más llamaba la atención eran sus enormes alas. Kamanu reconoció aquella especie de criatura; coincidía con el ser sobrenatural que tuvo un encuentro con el grupo de presos liberados por Jeremar. En aquel entonces, todos quedaron aterrorizados al comprobar cómo aquel ser pareció rendirle pleitesía, o al menos mostrar un enorme respeto, al joven druida. Ninguno supo discernir que se trataba de un traker, una de las razas originales del Universo Original; conceptos desconocidos para los nativos del mundo profano.

De forma instintiva, Kamanu rasgó un pequeño trozo de tela de la sábana con la que cubría su cuerpo y, arrancando un afilado fragmento del cristal roto de la ventana, envolvió un extremo con el trapo a modo de empuñadura. Al observar la reacción de la kunoichi, Restelia copió el gesto para armarse, sin dejar de observar a aquel ser de alas membranosas y alargada cabeza.

La espía, a duras penas, conseguía mantener su cordura estable. Después de haber visto a los extraños livifels y al colosal pruver, aquel ser alado no despertaba tanto miedo en el corazón de Restelia. Su mente poco a poco se abría a la posibilidad de encontrar criaturas jamás vistas en un mundo ajeno a Arnemuq.

A medida que la silueta voladora descendía desde el estrellado cielo, las dos sigilosas mujeres comenzaron a ser conscientes del edificio en el que se encontraban. La torre no era más que una pequeña aguja que sobresalía como otras tantas sobre una estructura formada por decenas de ellas. Dichas torres estaban construidas en sobrios materiales recubiertos de una capa arenosa, a excepción de sus puntas que estaban forradas con ladrillos de

barro triangular y una pieza de cristal que coronaba la cúspide. La multitud de conos se encontraban ubicados sobre una planta triangular, siendo los edificios más lejanos al centro los de menor altura, creciendo en proporción a medida que se encontraban más próximos al interior. De esta manera, si se observaba aquella singular ciudad en la distancia, parecía tratarse de una montaña piramidal formada por múltiples conos.

Las torres se encontraban comunicadas entre sí por pasadizos flotantes diseñados con cierta inclinación diagonal, siempre ascendente a medida que se introducían en la zona central de aquella estructura. El suelo parecía tratarse de algún tipo de resistente madera, y las paredes combinaban arqueadas vigas del mismo material con cristales translúcidos de diversos colores que representaban extraños símbolos desconocidos para las dos mujeres. En alguno de los pasillos podían verse alargadas sombras de los cuellilargos livifels que deambulaban entre las torres. El traker planeaba sobre uno de aquellos corredores flotantes. Parecía trazar círculos aguardando a que aquel pasadizo quedara libre de ocupantes.

Muy despacio, Kamanu se fue agachando para intentar que su silueta no sobresaliera de la forma de la torre, evitando así llamar la atención. Tiró de la mano de Restelia para que, de igual forma, camuflara su presencia. La espía apenas comenzó a doblar sus rodillas cuando, de pronto, se sobresaltó y apretó con fuerza la mano de Kamanu debido a la impresión. El traker había dejado caer algo que llevaba entre sus garras inferiores. Parecía tratarse de un cadáver, seguramente de harv por la forma que se apreciaba. Cayó como un pelele dejando brazos y piernas inertes durante los casi cinco metros que recorrió como un peso muerto hasta impactar con el techo del pasadizo.

Tras soltar el famélico cuerpo, el traker batió con energía las alas mediante poderosos latigazos y remontó el vuelo para acabar desapareciendo en el horizonte.

Entonces, sucedió algo que provocó a Restelia un vuelco en el corazón. Una nueva silueta hizo su aparición, caminaba despacio a través del interior del pasadizo sobre el que yacía el cuerpo arrojado. La espía habría reconocido aquel harv incluso a través de la niebla. Aquel estilizado cuerpo de poderosos hombros y la forma de moverse en un sigilo tan cuidado; no había duda.

Un susurro escapó de la boca de Restelia, ayudando a la kunoichi a entender la extraña reacción de su compañera:

—Brunliv..., estás vivo, mi amor.

La eufórica sonrisa de la espía y el brillo de esperanza en sus ojos tornaron al más espeluznante de los terrores cuando sucedió algo inesperado.

El supuesto cadáver comenzó a moverse con lentitud hasta llegar a una posición bípeda con el cuerpo encorvado. Aquel ente se desplazaba sobre el corredor flotante un par de metros por detrás de la silueta de quien parecía ser Brunliv.

Al igual que la horrorizada Restelia, la kunoichi no pertenecía al extraño mundo en el que se encontraban, pero aun así era capaz de reconocer ciertos comportamientos con facilidad gracias a su desarrollado instinto. Cuando aquel delgado ser de extrema flexibilidad comenzó a reptar por una oquedad hacia el interior del pasadizo, la mujer ninja supo que se trataba de un mortal asesino. Esa forma de actuar coincidía con un depredador que acecha a una presa.

De hecho, se trataba de un peligroso y solitario mercenario de la raza de los silanios. Este desplegaba su mortífera cadena khil'mat, dejando a unos centímetros del suelo el último eslabón en forma de cola de escorpión con el que había segado cientos de vidas.

